

Crítica de los mitos

Lectura de las huellas dejadas por los caminantes migrantes de Venezuela

Raúl Prada Alcoreza



Dedicado a los caminantes migrantes venezolanos

Los *fantasmas* del pasado nos atosigan, los *mitos* no nos dejan vivir, porque sencillamente nos encontramos atrapados en los *mitos*; los *mitos* dan *sentido*, pero al darlo, al narrar las *interpretaciones del origen*, del comienzo civilizatorio, del regalo del fuego, de la invención de los instrumentos de caza, del nacimiento de la agricultura – hablando de los *mitos arquetípicos* –, nos hacen creer que ya todo está dado, resuelto y explicado. Lo mismo ocurre, pero de una manera más pedestre, menos mágica y poética, con los *mitos modernos*; éstos proponen el *fin de la historia*, el *desarrollo*, el *dominio del hombre sobre la naturaleza*, la hegemonía de la *ciencia*. El hombre moderno, como el hombre antiguo, se encuentra atrapado en los *mitos*, cree en la *verdad* que transmiten los mitos; entonces, no se cuestiona, sobre las *finalidades* inherentes a los *mitos* mismos. Es más, aunque parezca paradójico, donde más han proliferado los *mitos* es en la modernidad, que se cree libre de los *mitos*; aparece como *ideología*. Hay *mitos de identidad*, *mitos* relativos a la *nación*, incluso, a pesar de la contrastación histórica, que suponen que la *nación* es anterior al Estado. En la llamada América Latina y el Caribe se han constituido *mitos* sobre la *formación de la consciencia nacional*, así como el *mito* de la Patria Grande. Si bien estos *mitos* han sido *substratos* de las *interpretaciones histórico-políticas*, es decir, los discursos que se oponen a las *dominaciones* que se enfrentan, como el colonialismo, la colonialidad, el imperialismo, los estados oligárquicos; si bien han servido para expresar las luchas de los pueblos, a partir de un *momento*, los *mitos de identidad* se han convertido en *obstáculos* para construir *interpretaciones* renovadas, actualizadas, que ayuden a replantear las luchas sociales y de los pueblos. De manera paradójica, terminaron sirviendo como creencias que sostienen a las nuevas *dominaciones*, las oligárquicas, las liberales, las nacionalistas, las neoliberales, las populistas.

Es menester una *crítica* de los *mitos*. No, por cierto, como lo hacía la epistemología empirista y positivista, suponiendo que la *ciencia* moderna nacía para librar a las sociedades humanas de los *mitos*; pues la *ciencia*, en el sentido propuesto por el positivismo es también un *mito*. Sino como *crítica* de lo que expresan como *narrativa* válida, avalada institucionalmente y por las tradiciones. Por ejemplo, el *mito* de la Patria Grande, de la unidad latinoamericana, se quiebra ante la evidencia de lo que devela la *migración* venezolana por el continente. La xenofobia despertada nos muestra, mas bien, otra *realidad*, distinta a la que supone el *mito*. Las poblaciones ven como amenaza a la población caminante que migra, escapando del infierno de la República Bolivariana de Venezuela. Las poblaciones latinoamericanas de los otros países no reciben a los migrantes, que, en este caso, son refugiados políticos o lo demandan ser con el solo hecho de pisar las tierras de los otros países "hermanos". ¿Síntoma de qué son estos comportamientos xenófobos?

No es justificativo decir que lo mismo pasa en otras partes del mundo, donde los estados colindantes se enfrentan a la llegada multitudinaria de *refugiados*; se repite el fenómeno en otros estados más distantes, sobre todo en aquellos que se suponen desarrollados y con una larga tradición institucional democrática. Si el mismo comportamiento xenófobo se da mundialmente, esto parece mostrarnos un fenómeno contemporáneo, un fenómeno social y *subjetivo* contemporáneo. La xenofobia se sostiene en el *miedo*, en la creencia de la *amenaza*; de esta manera, se toma la llegada de los *extranjeros* que huyen como una invasión. Entonces, el *miedo* ya estaba instalado en las cavernas de la *subjetividad*, la amenaza estaba ya contenida en las *interpretaciones* en boga. La oportunidad para que este *miedo* salga rabiosamente y que esta amenaza sea señalada es la llegada de los *extranjeros* fugitivos.

Algo ha pasado con las sociedades humanas en la *contemporaneidad*; han perdido *seguridad*, incluso *confianza* en sí mismas. Se trata de sociedades que se sienten amenazadas; entonces están afectadas profundamente; los *mitos* modernos que les daban *seguridad* no son suficientes para calmarlas. Presienten que algo anda mal en estas interpretaciones, pero no lo dicen, ni se dan el tiempo para reflexionar; prefieren cómodamente mantener los mitos y encontrar *culpables*, hallar la *culpa* en los *enemigos*. Con esto habrían perdido la *oportunidad* de encarar sus propios *mitos*, su propia *ideología*; en otras palabras, encarar el *problema* que se presenta como desafío insoslayable. Prefieren la catarsis, exteriorizar sus miedos y castigar a los que señala como *amenaza*. Prefieren comportarse de la manera *mezquina* como se comporta el humano rendido a sus *prejuicios*.

Los resientes sucesos nos presentan un panorama desolador; las poblaciones se dejan llevar por sus *prejuicios* y *miedos*, se dejan arrastrar por sus *fantasmas*, que los jalan al *pasado* no resuelto. Recurren, por así decirlo, a toda su *incapacidad* para resolver *problemas*. En consecuencias no los solucionan, se alejan de cualquier *solución*, salvo ésta sea imaginaria. Este es el *caldo de cultivo* de los *conservadurismos recalcitrantes*, de lo que comúnmente se llama "derecha" conservadora o reaccionaria, de lo que de manera panfletaria se llama *fascismo*; así como es el *caldo de cultivo* de los fundamentalismos atroces.

En contraste, los llamados *populismo* tienen otro *caldo de cultivo*; esta es la *memoria mitológica* del pueblo, un *substrato* imaginario barroco, que tiene como estratificación sedimentaria a las *narrativas milenarista*. Después, en los estratos posteriores o menos profundos o más superficiales, aparecen las *ideologías* modernas, todas

combinadas de manera abigarrada; la ideología liberal, de las primeras épocas, aquellas ligadas a la lucha contra las expresiones conservadoras oligárquicas; la ideología socialista, sobre todo aquella que estuvo motivada por las inclinaciones *románticas*; la ideología *nacional-popular*, sobre todo aquella que corresponde al *discurso histórico-político* que convoca a la *nación oprimida*. El *eterno retorno del populismo*, teniendo en cuenta sus expresiones *singulares*, dependiendo del *contexto* y la coyuntura, tiene este *caldo de cultivo*, que, en resumidas cuentas, podemos llamar el de la convocatoria del mito, en distintas tonalidades y formas. En este trance o tránsito, el *socialismo* tiene otro caldo de cultivo; en este caso, resumiendo también, el *caldo de cultivo* es la *promesa*; que en su *arqueología* se tiene como *substrato* a la promesa religiosa y en el estrato de la modernidad se encuentra la *promesa política socialista* de la *justicia*.

Estos dos últimos *caldos de cultivo*, como los nombramos metafóricamente, el relativo al *populismo* y el referido al *socialismo*, son usados por expresiones políticas *progresistas*, en sus inicios por expresiones románticas, aunque también fueron usadas por el liberalismo de los primeros tiempos. Las expresiones de las manifestaciones y movilizaciones *radicales* también tuvieron como *substrato* a estos *caldos de cultivo histórico-culturales*. El contraste con el primer caldo de cultivo mencionado tiene que ver no solo con la predisposición a la *paranoia*, por lo tanto, al *miedo* y al señalamiento de la *amenaza*, del substrato cultural de la sensación de inseguridad y de vulnerabilidad, sino en que dio lugar a *formas discursivas* y formas de acción claramente recalcitrantemente conservadoras y fundamentalistas ultramontanas. En cambio, los otros *substratos histórico-culturales* dieron lugar a manifestaciones políticas esperanzadoras, abriendo expectativas sociales y dibujando el porvenir con optimismo.

Sin embargo, la *historia efectiva* jugó con *paradojas histórico-políticas* a las manifestaciones socialistas y a las manifestaciones populistas. El periodo de oro, por así decirlo, de la *revolución*, se despliega en un primer periodo, quizás solo al inicio mismo de la *revolución*; empero, después, en la medida que la *revolución se institucionaliza*, los mismos *caldos de cultivo* son usados por expresiones políticas pragmáticas o del *realismo político*, que obstruyen la continuidad de la *fiesta revolucionaria*, que anulan o borran toda *huella* o halo romántico, que, en definitiva, se comportan como el *termidor* mismo de la *revolución*. Entonces, la forma de Estado, sobre todo el *ejercicio del poder*, de las formas de gubernamentalidad socialista y de las *formas de gubernamentalidad populista*, se comienzan a parecer, a las formas de *gubernamentalidad conservadoras recalcitrantes*, reaccionarias, fascistas y fundamentalistas ultramontanas.

Volviendo al tema, los *caminantes migrantes* venezolanos, que escapan del infierno del "socialismo del siglo XXI", se enfrentan a dos panoramas adversos; primero, el incumplimiento de la *promesa*, en su propio país; *promesa* convertida en una mueca grotesca, que se ríe descaradamente de la inocencia de un pueblo, que creyó en la *convocatoria del mito*. El segundo, se enfrenta a la xenofobia destilada en las poblaciones "hermanas" de Latinoamérica. Y los latinoamericanos, para nombrarnos de esa manera, nos enfrentamos a la cruda *realidad*, mejor dicho, nos enfrentamos, a través de ella, a nuestros *mitos*, que develan su propia insostenibilidad narrativa.

Para decirlo fácilmente, no somos lo que creíamos ser, por lo menos en esta actualidad conflictiva y perturbadora. No somos poblaciones con *vocación* de la Patria Grande; somos tan mezquinos como las oligarquías iniciales de las repúblicas inauguradas del siglo XIX. Estas

oligarquías construyeron Estados del tamaño de sus propios prejuicios y sus propias miserias humanas; hoy, leyendo los comportamientos xenófobos de las poblaciones, podemos ver que nos aferramos a un *localismo* conservador del tamaño de los *prejuicios* ateridos socialmente, *prejuicios* que son compartidos, paradójicamente, con la oligarquía ultramontana. Con esto demostramos que no somos capaces de asumir el *presente*, con toda su *complejidad dinámica*, con todos sus *espesores histórico-territoriales-culturales-sociales*. Que preferimos aferrarnos a un pasado que imaginamos, no como *utopía*, que sería, mas bien, expectativa esperanzadora, sino como apuesta pragmática y oportunista a una seguridad supuesta que perdimos.

Como quien dice, es momento de enfrentarnos a *nosotros* mismos, a lo que somos *nosotros* en el momento *presente*, a cómo llegamos a ser lo que somos; que es también, enfrentarse a los *mitos* que sostienen nuestras justificaciones de lo que hacemos. Tomando posición al respecto, decimos que hay que *deconstruir* nuestros *mitos* constitutivos; esto equivale a *autocríticas* colectivas y sociales de los pueblos de Abya Yala. Esto implica pasar de la *deconstrucción* a la *diseminación* de las *mallas institucionales* constituidas, instituidas y consolidadas, que ahora, se han convertido en nuestras prisiones agobiantes, así como en embarcaciones al naufragio. La *autocrítica* es *deconstrucción*, por lo tanto, destrucción, también es *diseminación*, por sus consecuencias materiales, de las *mallas institucionales*, que, en vez de ser instrumentos de sobrevivencia, cambiables, modificables desechables, se han convertido en los *principios* y *finés* abstractos de la *dialéctica nihilistas*.